

Miguel Ángel Tenreiro

**Puede ser una
oportunidad**
y otros relatos
y microrrelatos reunidos

Colección Tenreiro / #9

 yeshaliteraturaEdiciones

Tenreiro, Miguel Ángel

Puede ser una oportunidad: otros relatos y microrrelatos reunidos 2020-2010 / Miguel Angel Tenreiro - 1ª ed. ampliada - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ayesha Literatura Ediciones, 2025.

70 pág.; 21 x 14 cm. / Colección Tenreiro / Alex Margulis; 9

ISBN 978-631-6685-00-1

1. Ficción General. 2. Narrativa. 3. Cuentos. I. Título.

CDD A860

© Miguel Angel Tenreiro, 2025

© Arte de tapa y diagramación interior: Adrián Emilio Signorelli

© Imagen de Tapa: Mi Kenneth Kemble I, técnica mixta, (0,74 x 1,30 m), Alex Margulis, S.XX / S.XXI

© Ayesha Literatura Ediciones, 2025

www.ayesha.com.ar

E-mail: ayesha@ayesha.com.ar

Libro de edición argentina

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, las transmisiones de este libro ni del material incluido, en cualquier formato o por cualquier medio sin el permiso previo y la debida mención del autor y el editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

**Puede ser una
oportunidad**
y otros relatos
y microrrelatos reunidos



Índice

I.....	9
II.....	10
III.....	12
IV.....	12
V.....	16
VI.....	17
VII.....	17
VIII.....	18
IX.....	19
X.....	20
XI.....	20
XII.....	23
XIII.....	25



I

Ernesto se había tomado un fin de semana en la costa antes de incorporarse al nuevo trabajo. A pesar del frío nadó unos metros mar adentro. Cuando la enorme cabeza asomó, lo fascinaron los reflejos rojizos del agua chorreando por los mechones y creyó que estaba emergiendo del mar una enorme estatua de bronce. El lobo marino abrió los ollares en inspiración y se sumergió. Ernesto nadó despacio hacia atrás. Cuando la cabeza salió lejos, nadó fuerte hasta que hizo pie, dominando el impulso de correr. Desde la playa observó al lobo convertirse en un punto. “Qué lobazo”, se dijo, “macho viejo expulsado de la colonia”.

Cenó temprano en una pizzería, el micro salía a la mañana. Una chica se sentó a su mesa. “Soy Dora, te estuve mirando, te elegí”, le dijo. Sexo rápido, promesas de reencuentros e intercambio de números. El mismo día de su vuelta, empezó a trabajar en la constructora. Le decían que las comisiones eran importantes, y quedaba claro que no le iban a pagar sueldo. Intentó arrimarse a un tipo que, bastante mayor que él, estaba en ese trabajo desde meses atrás.

Bengochea vivía de su taxi, y cuando tenía tiempo trataba de hacer negocios. Él lo ahuyentó un par de veces, contestando su saludo con una sonrisa torcida, de amenaza. Un día en que coincidieron saliendo de las oficinas, vio a Bengochea subir a su taxi e intentó de vuelta.

—¿Salís derecho por ésta?

Bengochea asintió.

—¿Me tirás más adelante?

Bengochea sonrió torcido y abrió la puerta del acompañante. Cuando Ernesto estaba con un pie en el coche y otro en la calle

Bengochea salió arando y Ernesto cayó. Justo antes de la manobra, le pareció oírlo decir algo. Mojado con el agua del cordón, se mantuvo alerta e inmóvil, esperando otro golpe desde la nada.

II

Esta vez, Bengochea estaba mejor preparado, porque ya había hablado varias veces con Don Omar y sus vecinos. La constructora había comprado y tirado abajo las casas aledañas, con la seguridad de que transaría. Tocó apenas el timbre y esperó. No iba a volver a irritar a Don Omar, que en algún momento asomaría la cara, y desde adentro le llegaría un olor que no podía nombrar pero exigía aguante.

—¿Qué tal Don Omar? El triple de lo que vale, con el tiempo que quiera para mudarse. Yo lo ayudo a encontrar una casa mejor. Le va a quedar un toco para disfrutar.

—No me interesa.

—Si le ofreciéramos diez veces el valor, ¿tampoco?

—Tampoco.

El viejo cerró la puerta y Bengochea escuchó unos ruidos que le hicieron pensar que había puesto una tranca. “Historia repetida”, pensó observando la propiedad rodeada de lotes arrasados. Caminó alrededor de la casa, tenía que haber una solución, si no, la constructora revendería los terrenos. Para un productor a comisión, era todo pérdida.

Un chillido agudo lo distrajo. En una depresión tras un arbusto vio tres gatitos. Levantó un pedazo de loza, y se la dejó caer. La sangre le salpicó los zapatos. “Viejo de mierda”, pensó, “no me vas a cagar”. Se sintió observado, y concluyó que la gata andaba cerca. Volvió a la puerta de Don Omar y se pegó al timbre. Cuando el viejo se asomó, Bengochea metió el pie. Entonces Don Omar abrió y le hizo un ademán para que pasara. “Tarde para amabilidades”, pensó Bengochea.

Hasta la billetera tenía el cuerpo decapitado que dos días después apareció al otro lado de la ciudad. “Alguien se puso a jugar a la revolución francesa”, comentó uno de los cronistas. Solo la de Martínez había visto entrar a Bengochea a esa casa. Ella había sido su fuente

de información. Se había ganado una propina, pero más la había impulsado su odio hacia Don Omar. Muchos años atrás, cuando estaba de novia, Don Omar le había dicho un piropo bastante atrevido para la época: “Adiós, corazón de arroz, si me das un besito, me caso con vos”, pero le había cambiado el final diciendo: “...te parto en dos”. Ella le había hecho jurar a su novio que lo mataría. Su novio se lo había prometido, y siguió haciéndolo durante los 50 años de matrimonio. “¡Cochino hijo de puta!”, le había gritado la de Martínez a Don Omar cada vez que lo cruzaba.

En la constructora no sabían si Bengochea había hablado con Don Omar. Mandaron a Ernesto, que incómodo en su saco berreta, se estremeció ante el caserón. “Parece un ataúd gigante”, pensó. Cuando Don Omar atendió, le ofreció el triple, y conteniendo la respiración por un tenue olor que traía espanto, veinte veces más, antes de que le cerrara la puerta en la cara.

—Tardaste —le reprochó el Gerente horas más tarde.

—El viejo es una piedra, negocié, negocié y negocié, pero no hubo caso.

—Negociaste.

—Al final, perdido por perdido, ofrecí veinte veces más para ver qué pasaba.

El Gerente sonrió:

—¿Y?

—Imposible.

El Gerente se concentró en sus papeles y dijo:

—Bueno, vendemos, recuperamos y listo.

Ernesto asintió:

—Es lo mejor.

—Tomátelas —dijo el Gerente sin levantar la vista.

Caminando hacia su casa, le salió al encuentro Don Omar y tendiéndole un cuadrito le preguntó:

—¿Le gusta?

Era un cartón viejo, con la burda pintura de un teléfono de disco, con el auricular colgando del cable. Una mierda que no servía ni para quemarla.

—¿Lo pintó usted?

Don Omar asintió. Ernesto siguió:

—No lo puedo creer, no encuentro palabras...

Se concentró tratando de que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Don Omar lo interrumpió:

—Son veinte pesos.

—Si tuviera 20 millones, también se los pagaba.

Don Omar le arrebató el billete y se fue. Pasaron los días, y en la constructora no se definía su situación, así que dejó de ir. No había ganado nada, y encima Don Omar le había afanado 20 pesos.

III

Recién juntado con Adelita, tenía que conseguir rápido un laburo. Ella le tendría paciencia mientras no le cantara: “Si Adelita se fuera con otro...”, y mucho menos con la entonación del negro. La primera vez que se acostaron, con un pedazo de cable había trenzado un barrilito al que los boy scouts llamaban “cabeza de turco”. Desde entonces Adelita se lo exigía antes de encamarse y no admitía que los tuviera preparados. Ella metía el dedo usándolo a modo de grotesco anillo, y tenían sexo tranquilo pero bueno. Después lo guardaba, tenía una bolsa llena, que Ernesto no podía tocar. Así que mantenía una provisión de soguines en la mesa de luz. No entendía si esa previa la excitaba o servía para evitar un abordaje directo pero no había vez en que, trenzando, Ernesto no maldijera al scoutismo.

IV

Meses después, al ver que la casa de Don Omar seguía rodeada de baldíos, volvió a hacer un intento. Ya no trabajaba en la constructora, pero si tenía éxito la comisión se la pagarían igual. Por suerte había conservado el cuadrito. De la casa salía un tipo más o menos de su edad junto con el olor.

Ernesto le dijo:

—¿Está Don Omar?

—Murió —dijo el tipo mientras cerraba la puerta.

—¿Sos el nieto?

—No —le contestó alejándose.

Ernesto lo siguió:

—Le compré un cuadro hace un tiempo.

—¿Qué? —se sorprendió el tipo.

Ernesto no desperdició la oportunidad y mostrándole el cuadrito siguió:

—Querría cambiártelo por otro, no me gusta que el auricular esté así, colgando del cable.

El tipo se quedó mirándolo, y Ernesto quiso hacerse el simpático:

—Me llamo Ernesto, pero mi viejo me dijo tantas veces “boludo”, que a veces me olvido.

El tipo asintió en vez de reírse, y Ernesto lo apuró:

—Si no me lo podés cambiar, te compro otro.

El tipo le manoteó el cuadrito y entró a la casa. El olor le llegó otra vez. Al rato, asomó un brazo tendiéndole otro cuadrito, y cerró. La pintura era también de un teléfono y tan mala como la anterior, pero el auricular estaba colgado. En casa lo observó de cerca y de lejos, largo rato. Básico, pintado en grises opacos, lo apoyó en un mueble pensando que esa noche lo ponía en la basura. Pero no podía dejar de mirarlo cada vez que pasaba. Lo llevó a la cocina, y lo apoyó detrás del tacho de basura con la imagen hacia la pared. Varias veces se descubrió sosteniendo el cuadrito con el brazo extendido. Iba a la cocina para eso, lo dejaba y volvía a ir.

Lo restituyó sobre el mueble. Volvió a verlo de lejos y de cerca, dejó que la vista se desenfocara sobre la imagen. Apagó la luz y lo observó con una linterna, con una vela, en la oscuridad. Adelita le gritó por algo que había dejado de hacer, y él se dio cuenta de que había estado horas mirándolo. Se le ocurrió que no era la imagen, que tal vez fuera el fondo. Al rato concluyó que no, no estaba allí, pero le llegaba. Le dieron ganas de contarle a Adelita, pero no sabía qué. Quizás no fuera el cuadro, quizás fuera él. Esa noche, se durmió pensando que el cuadro lo observaba desde una ausencia. Despertó pensando en el cuadro del auricular descolgado. No lo había observado como a éste, y se preguntaba si produciría el mismo efecto. Colgado o descolgado, o los dos o ninguno. Adelita estaba enojada:

—¡Boludo! ¿Cuántas horas más vas a mirar esa mierda?

Le sonrió y estuvo a punto de cantarle. Colgó el cuadro, lo miraba cada tanto, no como antes, unos minutos le bastaban. Pasaron algunos años, hasta que un día, en un impulso descolgó el cuadro y fue hasta lo de Don Omar. Habían vuelto a construir una casa al lado y también construían en el lote de atrás. Lo atendió el mismo tipo que antes. Mostrándole el cuadro, le dijo:

—¿Te acordás de mí? Me parece que me equivoqué al cambiártelo. ¿Me venderías el otro? O si no...

—Me llamo Sergio y no vendo cuadros.

Y arrancándole el cuadro de las manos se metió en la casa, salió segundos después con el otro, se lo entregó y le cerró la puerta en la cara.

En su casa, Ernesto colgó el cuadro y lo miró. No le encontró cualidades estéticas, pero en su falta de técnica y mal gusto, supo que el pintor había puesto todo de sí, que era auténtico. Mirar el cuadro, lo tranquilizaba sin atontarlo. Hubiera querido poner los cuadros lado a lado, así que dejó pasar un tiempo y volvió. Apenas Sergio se asomó a la puerta, aguantó la respiración y le pidió que le vendiera el otro cuadro. Él se negó con la cabeza cerrando los ojos, y no los volvió a abrir.

—Los quisiera juntar —dijo Ernesto.

—No pueden juntarse.

—¿Por?

—No puede estar el teléfono colgado y descolgado al mismo tiempo.

—Son dos imágenes, el teléfono en realidad no está.

—Y si no está, ¿para qué lo querés? —dijo Sergio cerrando la puerta.

Pasó bastante tiempo hasta que Ernesto volvió a cruzarse con Sergio, que caminaba llevando un par de bolsas. Apartando apenas una cortina, los espiaba desde enfrente la de Martínez. Acoplándose a su andar, Ernesto dijo:

—Sergio, ¿podemos hablar?

Él negó con un gesto y siguió caminando.

—Me cambiaste un cuadrito que le había comprado a Don Omar.

Él asintió con un gesto y siguió caminando. Ernesto dijo:

—Me quedé con las ganas de tener los dos cuadritos.

Sergio paró en seco, haciendo seguir de largo a Ernesto y dijo:

—No pueden estar juntos.

Apuró el paso apretando las manijas de las bolsas, y entró a la casa. “Me voy a tener que resignar”, pensó Ernesto, “como los de la constructora”. Por primera vez sintió aversión hacia él. Pensó que debía salir de la casa solo para hacer las compras, pensó que tendría hábitos inamovibles, y lo confirmó cuando volvió a verlo una semana después, a la misma hora, llevando las dos bolsas. Podía anticiparlo. Lo sintió como una victoria contra su indiferencia y decidió no hacer nada. Se había vuelto serio y los cuadritos lo habían ayudado. Recordaba su pasado como si fuera de otro.

Un día, observando su cuadrito, le pareció que el auricular estaba sobre la horquilla. Se sobresaltó y se acercó para verificar que colgaba del cable. Los grises opacos estaban más tristes, y supo que había dejado de hacerle bien, que le había servido como un bastón que

cuando no se necesita, estorba. Durante unos años, observó a Sergio en su caminar apresurado, cada vez más encorvado. Le adivinaba las canas amarillas, el olor de la casa, los ojos en vigilancia mecánica, la conversación imaginaria. “No usa el cuadrito”, pensó. “no sabe”. Un día, Ernesto dio vuelta el cuadrito, y se dio cuenta de que era lo mismo el anverso que el reverso, o no mirarlo, y lo quemó sintiendo que lo liberaba como si fuera un pájaro. No le prestó más atención a Sergio. No le interesaba un tipo que se gasta encharcándose en la mente, con ese olor a tiempo quieto que ocultaba algo siniestro.

V

Don Omar había sido muy sociable con los vecinos. Juntaba cosas viejas y regalaba sus acuarelas en cartones o maderitas curvadas. Los vecinos las guardaban porque Don Omar revisaba la basura.

Sergio era muy distinto, no pintaba ni regalaba nada, no juntaba basura, había limpiado la casa y no se detenía a hablar con nadie. La tranquilidad que necesitaba, la obtenía de hacerse invisible. No podía imaginar que hubiera persona tan estúpida como para pagar por uno de esos cuadritos. La ventana de la sala daba a la calle y ante ella Sergio tenía la impresión de estar afuera. Al pasar, la gente se miraba en el reflejo. Si tenía suerte, alguna chica se detenía unos segundos.

A veces se deprimía, entonces dedicaba horas a bañarse, afeitarse y vestirse bien. Se entretenía, porque no necesitaba trabajar para vivir, no tenía ocupaciones aparte de cuidar la casa. Después de la última conversación con Ernesto, Sergio observó con atención el cuadrito. Don Omar había dejado una pila, pero solo dos tenían un teléfono pintado, uno lo tenía él, y el otro Ernesto. Por un momento se inquietó, pero finalmente desechó todo interés y lo colgó frente a la mesita

del teléfono que nunca sonaba. Quedaron frente a frente dos teléfonos, imagen y realidad.

VI

Pasaron los años, y Ernesto se reencontró con Miguel. No sintieron que el tiempo hubiera afectado su amistad y siguieron viéndose cada tanto en el café. Miguel era un hombre de armas y determinaciones. Lo había sido de joven, y como las personas no cambian, así seguía. En una de las charlas le había comentado que había matado a un delincuente que andaba jodiendo por el barrio. Ernesto creyó entender que Miguel tenía miedo de volverse loco, o de convertirse en aquello que quería destruir si entraba en una zaga justiciera.

En las sucesivas charlas, Miguel le contó que lo había superado tomando una decisión. No le dijo cuál, solo que debía estar atento a sus pensamientos porque le darían la señal. Lo interesante era que esa atención lo había alejado de su insatisfacción con el mundo. A Ernesto le impresionó el paralelismo con su cuadrito, y se lo comentó.

Miguel sonrió:

—¿Pensaste en matar a Sergio?

—No, si soy más inofensivo que una paloma muerta. Me extraña esta distancia que me aísla, pero me da algo a lo que no quiero renunciar.

Quiso decir algo más, pero terminó en un gesto impotente. Miguel asentía.

VII

Cuando Don Omar murió, la de Martínez había visto a Sergio

ocupar su lugar, y sabía que no era el nieto. Le había transferido su odio por la afrenta sufrida tantos años atrás, y al ver a Sergio hablando con Ernesto, le había extendido también a éste su odio. Se sentía traicionada, ella había conocido a las madres y abuelas de Sergio y de Ernesto, y con ellas le habían sacado el cuero a todo el barrio. “Así que te parto en dos”, pensaba la de Martínez, “marranos, hijos de puta, den gracias a Dios que mi marido no está”.

A pesar de que su marido no había sido un santo, ella lo extrañaba. Era un poco bruto. Desde la primera noche, había sido siempre igual: se le tiraba encima, la buscaba con torpeza, bombeaba un poco y se dormía. Entonces ella lo hacía rodar a un costado y podía dormir tranquila. No lo extrañaba porque lo hubiera querido, lo extrañaba porque era lo que correspondía. Que el puerco de Don Omar se la hubiera llevado de arriba, la hizo tomar la iniciativa. Se cruzó, le tocó el timbre a Sergio y le dijo:

—Quiero ponerte sobre aviso, vos sos un buen vecino, no le andás faltando el respeto a la gente como otros que yo sé, en fin, ojo con ese tal Ernesto. Lo vi tratando de treparse por la pared.

Sergio cerró la puerta temblando y la de Martínez gritó:

—¡Si se mete en tu casa matálo, podés matarlo, lo dice la ley!

VIII

Ernesto hacía tiempo en el café, cuando una adolescente se sentó a su mesa mordisqueando un tostado y le dijo:

—Te estuve mirando.

—Me pareceré a algún actor.

Ella negó y siguió comiendo, Ernesto esperó. Ella miró hacia la calle, y alguien se retiró de la vidriera. Ernesto no pudo ver más que un bulto. Ella corrió tras esa persona. Si había sido una estrategia para

hacerle pagar, aunque demasiado elaborada era interesante. Si lo había usado para darle celos a otro, halagador.

IX

Ernesto caminaba tranquilo. Una gorda venía por la vereda en un ciclomotor con la suspensión vencida. Vestía un conjunto deportivo blanco, y un casco rojo le ocultaba la cara, como la cereza de una torta gigante. Al pasar le descargó un cadenazo que Ernesto recibió dándose vuelta. La torta gigante escapó sin inconvenientes. Tuvo que contarle a Adelita, inclusive lo de la chica en el café.

Ella interpretó:

—Alguien te vio con la pendeja.

—Pero no hice nada.

—Porque no pudiste.

—Ni la conozco.

—¿Y por qué no me contaste antes?

—Pensé que era una loca.

—¿Y el tipo ése, tan raro?

—¿Quién?

—El que está viviendo en la casa de Don Omar.

—Nada que ver.

—¿Y un novio?

—¿Un novio de quién?

—¡De la pendeja!

Ernesto suspiró entregado. Cuando se produjo el segundo ataque, tuvo que hacer la denuncia. Desde un autito destartado, le erraron dos veces con una 22. Los policías insistían en que debía tener algún enemigo, un conflicto con un vecino, un amorío. No podían hacer nada sin una hipótesis. Él tampoco. Los policías creían que la cuestión no era tan peligrosa y que Ernesto no decía todo.

Pocos días después, una tuerca en trayectoria tendida rozó la cabeza de Ernesto. No llegó a ver la ventana de la de Martínez cerrándose, y al llegar a su casa, se llevó una asquerosa sorpresa. Le habían embadurnado la cerradura con mierda. Se sintió aliviado, lo reconoció como el recurso de una vieja rencorosa. Tenía la punta del ovillo.

X

Días después, Adelita le dijo que no le importaba lo de la pendeja, que de todas formas su relación ya no daba para más, que patatín, que patatán. Se llevó sus cosas, y le dejó arriba de la cama una gran bolsa llena de “cabezas de turco”. Ernesto estuvo tentado de contarlas, pero ató la bolsa y la sacó con la basura. Al salir a la mañana se patinó en el umbral. “Me podría haber desnucado”, pensó examinando la prolija extensión de aceite. Al volver del trabajo, le tocó el timbre a la de Martínez. Mientras esperaba miró la casa de Don Omar. No había vuelto a ver a Sergio, pero la camioneta del supermercado bajaba mercadería. “Ya ni sale”, pensó.

Tocó varias veces más el timbre, golpeó la puerta y gritó:

—Vamos señora, quiero hablar con usted.

Vió movimiento en la cortina, y se arrimó a la ventana:

—Por favor, hablemos.

Nadie lo atendió.

Más tarde en el café, Ernesto reflexionaba en voz alta:

—No sé qué hacer.

Cuando se le pasó la risa, Miguel le dijo:

—Puede ser una oportunidad.

Pero Ernesto no contestó, y Miguel lo acompañó en el silencio.

XI

Unos días después, Ernesto se encontró con Adelita. Tenían que intercambiar algunas cosas y ella le preguntó:

—¿Cómo anda la pendeja?

—Si la separación fue por eso...

—Nuestra relación estaba desgastada —lo interrumpió Adelita.

—Igual, por si te interesa, con la pendeja nunca pasó nada.

—Qué triste.

—¿Que triste qué?

—La de Martínez me contó todo.

—¡La de Martínez es una vieja chismosa que no tiene nada que hacer! Yo nunca tuve nada que ver con la pendeja, ni siquiera sé quién es.

—Por eso.

—¿Por eso qué?

—No se puede ignorar a una hija... Dale, ya sé que es la hija que tuviste con Dora, me lo contó la de Martínez.

Ernesto recordó su encuentro con Dora en la costa. Le tomó un minuto organizar la información en su cabeza. Adelita lo esperó ese minuto y siguió:

—La de Martínez me dijo que nunca quisiste reconocerla.

—Yo ni siquiera sabía que esa chica existía —dijo Ernesto tratando de dominarse, y enseguida, arrepintiéndose mientras lo decía agregó:

—Y no me consta que sea hija mía.

—Decí lo que quieras, hacé lo que quieras, yo ya no tengo nada que ver con vos.

Ernesto fue hasta la casa de la de Martínez, tocó el timbre y golpeó la puerta:

—Abra, abra que tenemos que hablar.

La de Martínez abrió apenas la ventana, y por la rendija le gritó:

—Vállase o llamo a la policía.

A Ernesto empezaba a pasársele la furia:

—Si me voy sin que hablemos, la voy a llevar ante la Justicia.

La vieja encogió los hombros varias veces sacando el labio inferior

para afuera:

—¿Y a mí qué se me importa?

Cerró la ventana, y Ernesto preguntó a los gritos:

—¿De dónde sacó que Dora tiene una hija conmigo?

La de Martínez abrió la ventana un poquito y por la rendija contestó:

—Me lo dijo ella.

Y cerró.

—¿De dónde la conoce? —preguntó Ernesto hacia la ventana cerrada.

Se abrió una rendija:

—Me encargó que lo vigilara.

Y se cerró.

Ernesto se quedó pensando. Se volvió a abrir una rendija:

—Guachos de mierda, son todos iguales, den gracias a Dios que no está mi marido.

Y se cerró.

Ernesto comenzaba a entender y preguntó hacia la ventana:

—Dora, ¿está muy gorda?

La rendija se abrió:

—Un tanque australiano.

Y se cerró.

—¿Tiene un auto muy viejo y chiquito?

Se abrió la rendija:

—Ajá.

Y se cerró.

—¿Por casualidad, tiene también un ciclomotor destruido?

Se abrió la rendija:

—No por casualidad.

Y se cerró.

—Pero la mierda en la cerradura, el aceite en el umbral y el tuercazo, son cosas tuyas —afirmó Ernesto.

Se abrió la rendija:

—¿Y a mí qué se me importa?

Y se cerró.

—Dígale a Dora que quiero hablar.

La rendija no se abrió.

—Usted se metió en mis asuntos.

Se abrió la rendija, y la de Martínez le hizo una seña grosera con el dedo.

XII

Pocos días después, en el café, la pendeja volvió a sentarse a la mesa de Ernesto.

—Te estuve mirando —le dijo.

—Y sos la hija de Dora.

Ella asintió.

—Y supongo que creés que sos mi hija.

—¿Es posible?

Él suspiró.

—A ella le gustan las mujeres, pero la de Martínez me contó que...

—¿La de Martínez otra vez?

—Solo tenía curiosidad —la pendeja levantándose.

—Tu vieja...

—Ya le hablé, no te va a molestar más.

Ernesto no estaba ni la milésima parte de nervioso de lo que hubiera esperado, y aunque se había alterado por momentos, se recomponía rápido. Algo relacionado con el cuadrito había sucedido en él. Cuando pensaba en la de Martínez, le daban ganas de matarla, pero enseguida cambiaba y hasta le resultaba simpática. Fue a verla, pero en un impulso cruzó hasta la casa de Don Omar. Apenas llegó, Sergio corrió la cortina y le señaló la puerta. En segundos, asomó medio cuerpo:

—Te quisiste meter en mi casa.

—¿Qué? Estás loco, ¿para qué iba a meterme en tu mugrienta casa?

—Si quieres te doy el cuadrito.

—Ya no me interesa.

Sergio se tambaleó:

—La de Martínez te vio trepando la pared.

—Te mintió.

Sergio se quedó ausente. Tenía un tic bajo el ojo izquierdo, y chocolate en las comisuras de la boca. Entonces se despabiló y entró, sin preocuparse ya por ocultar la escopeta. Por la mañana, al salir de su casa Ernesto encontró una notita: “lo espero en la ventana”. La firma era muy larga e ilegible, con una “Z” al final. Él fue y dio unos golpecitos en el vidrio. Se abrió la rendija:

—Lo vi con Sergio.

Y se cerró.

—Amenazó con matarme, ¿por qué será?

La de Martínez asomó la cara, le sacó la lengua y cerró.

Ernesto sonrió cansado:

—Bueno, me voy.

Se abrió la rendija:

—¿Quiere la paz?

Y se cerró.

—Sí claro, quiero la paz.

La rendija se abrió y pasó un papelito con la palabra “PAZ”. Abajo, la misma firma que en la notita. Ernesto sacó una lapicera y puso su gancho. Mostró el papelito hacia la ventana. La rendija se abrió, Ernesto lo pasó y la rendija se cerró. Esperó un par de minutos, y dio unos golpecitos:

—Quiero una copia.

La rendija se abrió:

—¿Y a mí qué se me importa?

Y se cerró.

XIII

Meses después Ernesto se enteró que la de Martínez había muerto. Con ella había tenido una guerra personal. “Cuando la gente no tiene dramas, se los inventa”, le había dicho Miguel al irse del café.

Recordó la tuerca rozándole la cabeza, e imaginó a la vieja enfurruñada, guardando la gomera en el bolsillo del batón. Había sido una contrincante formidable. Entonces, Ernesto vio a la pendeja sentada al otro lado del salón, haciéndose la distraída. Recordó que en algún momento Miguel le había dicho “puede ser una oportunidad”. Fue hacia ella, y antes de sentarse le dijo:

—Te estuve mirando.